

3. CONTRA EL FRAUDE

(1940)

Intervención a Catamarca (20 de febrero de 1940)

En diciembre de 1939 debían elegirse los electores de gobernador en Catamarca, provincia gobernada por los conservadores y protegida por el vicepresidente. El ministro del Interior, Taboada, cursó al gobernador Cerezo un telegrama recomendándole prescindencia «conforme a los deseos del señor presidente». El gobernador lo tomó, por supuesto, por un valor entendido y contestó de conformidad. Las elecciones fueron protestadas por los radicales y Taboada aconsejó al gobernador que anulara los comicios. Pero éste insistía en que «habían sido correctos»; y el colegio electoral catamarqueño los aprobó (febrero de 1940).

Ortiz había trabajado dos años un apoyo militar que le permitiera prescindir de los conservadores. Aprobadas las elecciones de Catamarca, intervino la provincia, instruyendo al interventor, el general retirado Rodolfo Martínez Pita, ajeno a la política, que anulase lo hecho y «presidiera un acto electoral con todos los resguardos y garantías de libertad para los electores» (20 de febrero).

Hubo desconcierto. Aplaudió la oposición, mientras el oficialismo guardaba un resentido silencio. *La Prensa*, aunque estuvo de acuerdo con la causa de la intervención, se descargó por el nombramiento de un militar, aunque fuese retirado, en un puesto político «que coloca (al Ejército) en situación inconveniente para el normal cumplimiento de sus funciones específicas».

Quisieron consolarse los conservadores creyendo que la intervención a Catamarca no era por un propósito de higiene electoral, sino por resentimiento personal del presidente con el vicepresidente. Al fin y al cabo, Cerezo no había forzado la máquina más allá de lo que era habitual en Catamarca, y los radicales sólo habían protestado por fórmula. Lo del «fraude» había sido un pretexto. Pero la presencia del Ejército en el juego de Ortiz les dio aprehensiones.

Elecciones en Buenos Aires (25 de febrero)

Manuel Fresco llegaba al final de su Gobierno. Si pudo controlar a la Administración, no le ocurría lo mismo con su partido: el liberalismo de sus correligionarios miraba con recelo sus desplantes de *fascista* a la criolla y público desprecio por la ley Sáenz Peña.

Para la mentalidad conservadora era correcto —porque lo exigía la permanencia del partido en el Gobierno— robarse una elección. Pero cuidando las formas: la conciencia liberal quedaba a salvo y el fraude era sólo un acto de viveza.

Pero Fresco era sinceramente antidemocrático: hacía votar a la vista, no dejaba acercarse a los opositores y volcaba los padrones públicamente.

Para sustituir a Fresco, el partido, contra la opinión del gobernador, eligió a Alberto Barceló, que nunca necesitó fraudes para ganar su distrito —Avellaneda—, aun en tiempos de Yrigoyen. *Don Alberto* era un cacique de cepa ugartista, cuyos recursos electorales, aunque discutibles desde un plano ético, le daban el manejo patriarcal de su pobladísima zona, y le permitían elecciones «correctas». El beneficio que sacaban sus parciales de las casas de juego y prostitución, le hacían ayudar paternalmente a los entonces mal retribuidos obreros de Avellaneda, que le devolvían la gauchada alistándose en sus comités. Era el «sindicato» de la clase menesterosa en esos tiempos anteriores al sindicalismo obligatorio. Bien es cierto que con un cortejo de rufianes y tahúres.

Don Alberto pareció el candidato inmejorable para esos momentos y los conservadores lo prefirieron al otro postulante, Antonio Santamarina, ganadero y hombre de sociedad. Tal vez imaginaron que convertirían la provincia en un inmenso Avellaneda, que haría innecesario el fraude contra el que tanto gritaban los radicales. Además, Barceló era amigo de Justo, y uno de sus hombres —el médico Pedro Groppo—, ministro de Hacienda de Ortiz.

No era el caso que Ortiz y Taboada instruyesen telegráficamente al gobernador de Buenos Aires sobre corrección electoral. Buenos Aires no era San Juan ni Catamarca y debería procederse con cuidado. Se dejaría al Ejército la vigilancia de las elecciones: seis días antes de ellas —el 19—, Ortiz encomendó a dos coroneles —Eduardo Lápez, comandante de la 2.^a división de Infantería, y Diego Mason, de la 2.^a región militar, ambos con sede en La Plata— que inspeccionasen, con oficiales a sus órdenes, el acto electoral.

Fresco no lo tomó en serio y las elecciones se hicieron de la manera acostumbrada. Esa noche, al llegar el tren de Mar del Plata, donde viajaba Ortiz —que había ido a una revista naval en Mar del Plata—, gran número de radicales fueron a aclamarlo a la estación, porque la misión de Lápez y Mason se conocía; las elecciones no habían sido correctas y corría el rumor de que Ortiz firmaría inmediatamente la intervención.

Sin embargo, esperó dos semanas. Tal vez la meticulosidad de los jefes militares demoró el informe, u Ortiz quiso esperar la actitud de Fresco —y los demás gobernadores de la Concordancia— en las elecciones de diputados nacionales, que serían el 3 de marzo.

Elecciones nacionales (3 de marzo)

El escenario fue cambiado por los demócratas nacionales con premura. Si el presidente quería diputados radicales se los darían. La integración del Congreso Nacional era cosa suya. A los conservadores les interesaban solamente los Gobiernos provinciales. El aparato del fraude no funcionó esta vez: se votó en el cuarto oscuro con todos los recaudos de la ley Sáenz Peña; los fiscales opositores firmaron los sobres y se los acompañó hasta el Correo para que cuidasen las urnas. Fueron elecciones correctas, aunque no dieron un gran porcentaje de votos radicales, tal vez porque los electores habían perdido la costumbre de votar. Con todo, el radicalismo ganó en Buenos Aires, la capital, Córdoba. Santa Fe y Tucumán.

Córdoba había cambiado de gobernador. En abril, Amadeo Sabattini concluía su cuatrienio con aplauso general y su partido, llevó al Gobierno a su ministro Santiago M. del Castillo, completando la fórmula con el médico de Cruz del Eje Arturo U. Illía. Tuvieron 138.916 votos contra 106.865 de los demócratas nacionales.

Por primera vez habría mayoría radical en la Cámara de Diputados, que en mayo eligió presidente a un hombre del partido: a Carlos M. Noel.

Se interviene Buenos Aires (7 de marzo)

No obstante la «buena letra» de las elecciones nacionales, el desalojo de Fresco estaba resuelto. Fue planeado como una operación militar. Tal vez se temió una reacción del gobernador, dados los arrebatos de carácter, o una resistencia a base de su policía y camineros militarizados. El 6 de marzo, el general Luis Cassinelli, comandante del I Ejército con asiento en Rosario, viajó a La Plata con la misión aparente de inspeccionar la 2.^a división militar. Al día siguiente se le mandó un decreto de intervención de la provincia para que la hiciera llegar a Fresco juntamente con su nombramiento de *interventor interino*. No habían sido dados a la publicidad. Un oficial se adelantó a la Casa de Gobierno y los leyó a Fresco, que ya no los esperaba. Tras suyo se presentó Cassinelli con los coroneles López y Mason a hacerse cargo del Gobierno. No hubo problema. Su primera resolución fue poner a un coronel en actividad en la policía asegurándose contra cualquier evento, que no se produjo.

Cuando trascendió el hecho consumado cayó como una bomba en los medios conservadores. El 8 renunciaron el ministro de Agricultura, Padilla, y de Obras Públicas, Alvarado (el decreto de intervención llevaba la sola firma del ministro Taboada, refrendando la del presidente y, por supuesto, no se había discutido en reunión de Gabinete). Es curioso que no renunciase el de Hacienda, Groppo, conservador militante y vinculado a Barceló, cuya gobernación acababa de naufragar ¹.

La presencia del Ejército, exteriorizada con un general en actividad como interventor y varios jefes y oficiales en la misma situación en puestos claves, no se había visto hasta entonces. Se creyó que era una necesidad para impedir alguna reacción de Fresco, pero era una demostración de Ortiz de que los militares apoyaban su plan de elecciones libres. «Por el momento, el programa de reforma política del presidente Ortiz había pasado la prueba» ².

Cumplida su misión, Cassinelli volvió a Rosario. Ortiz designó entonces interventor a un civil, Octavio Amadeo, de conocida posición liberal.

¹ Groppo era amigo personal de Ortiz y tal vez fue ésa la causa de su permanencia. En reemplazo de los renunciantes se nombró: en Agricultura, a Cosme Massini Ezcurra, apolítico; y promovido, en Obras Públicas, el secretario general de la presidencia, Luis A. Barberis.

² R. A. Potash, *El Ejército...*, p. 171.

No habrá más fraude

Buenos Aires intervenida significaba el desmonte del aparato conservador. Anulada la elección de Barceló y amenazadas las provincias «fraudentas», especialmente Santa Fe y Mendoza, que deberían elegir gobernador a fin de año, puesto el Ejército bajo el control de Márquez y comprometido en la depuración comicial, con mayoría radical en la Cámara de Diputados, se entendió que la hora radical volvía. Ortiz y Márquez se convirtieron en los ídolos del radicalismo.

¿Era sólo repugnancia hacia el fraude lo que movía al presidente? No habrá sido tanta, ya que aceptó en 1937 una candidatura que sólo podía imponerse con el fraude, ni se le ocurrió investigar el escamoteo de votos en el correo en las elecciones de marzo de ese año.

Algunos vieron otra cosa. No se conocen los informes de la Embajada británica (no publicados hasta ahora), pero se saben los norteamericanos (investigados por Peterson y Potash) y los alemanes (caídos en poder de los aliados después de la toma de Berlín y reproducidos —entre otros— por Potash). En ellos se lee el interés norteamericano (y recelo alemán) porque el partido dirigido por Alvear llegase o compartiese el Poder.

Scalabrini Ortiz escribía el 25 de diciembre de 1939 el último editorial de su diario *Reconquista* (que sólo vivió cuarenta días): «Sobre la República Argentina se cierne una amenaza fatal: la intervención en el conflicto europeo. Basta analizar, aunque sea rápidamente, las ventajas que Gran Bretaña obtendría con nuestra participación en la guerra a su lado para convencerse que su diplomacia, diestra como ninguna en la conjunción de compromisos, está trabajando fervorosamente para que nuestra intervención sea efectiva cuanto antes (...). Para ir a la guerra es necesario que el Gobierno sea

excepcionalmente fuerte. El radicalismo puede dar a nuestro Gobierno esa fuerza que le falta. Nosotros, que somos sus víctimas, damos nuestro homenaje de admiración a la astucia de la diplomacia británica. Con magnífica pulcritud nos ofrece un canje: la normalización democrática en el país a cambio de la ayuda en la guerra de Europa»³.

«Bajo el pretexto de pasar a la historia como un nuevo Sáenz Peña, Ortiz creaba las condiciones para enviar a una nueva generación a la infame carnicería», supone Ramos⁴.

³ Transcr. por J. A. Ramos, *Revolución y contrarrevolución...*, t. II, p. 515.

⁴ *Ibíd.*, t. II, p. 504.

EL BIBLIOTE.COM